

Cinco Villas: de la Prehistoria a la Edad Media

JAVIER CABELLO GARCÍA
MIGUEL ÁNGEL ZAPATER BASELGA

En el contexto de la arqueología aragonesa nuestra comarca constituye una de las zonas con mayor riqueza y uno de los territorios con mayor cantidad y calidad de restos monumentales, aún considerando el escaso número de excavaciones realizadas.

Prehistoria

La primera publicación científica seria sobre el pasado prehistórico de nuestra comarca la realizó V. Bardaviú en 1922 en relación a un hallazgo realizado en La Valchica (Ejea), consistente en 21 grandes hachas planas de cobre de los primeros momentos de la Edad de los Metales. Este conjunto constituye el principal depósito de metal prehistórico de todo Aragón, aunque tan sólo se conservan siete ejemplares.

Las investigaciones realizadas posteriormente versaron sobre los denominados talleres de sílex (yacimientos líticos de superficie). Los primeros arqueólogos que desarrollaron sus análisis se basaron en materiales recuperados por aficionados locales, tal como ocurrió con la colección Labayen-Galván (Luesia), encontrándose parte de ella *retenida* desde hace décadas en el Museo de Navarra. Otras colecciones a destacar son: Pueyo (Layana), Jiménez (Valdonsella), López (Ejea) y Beamonte (Valpalmas).

Un punto de inflexión en la investigación fueron las *I Jornadas de Estudios sobre las Cinco Villas* desarrolladas en Ejea en 1985, destacando la síntesis que realizó M. Beltrán sobre la arqueología cincovillesa. A partir de 1986 las investigaciones se intensifican; entre 1987 y 1990 se acometieron, desde la administración autonómica, las primeras prospecciones arqueológicas sistemáticas con motivo del *Plan de Regadío Bardenas II*. Un año después, el Centro de Estudios de las Cinco Villas publica un estudio de referencia básico sobre nuestra Prehistoria reciente realizado por M^a P. Lanzarote, N. Ramón y J. Rey.

Asimismo, entrada ya la década de los noventa, se realizó en Balsa La Tamariz (Tauste) una de las escasísimas excavaciones de época prehistórica, bajo la dirección de J. I. Royo y J. Rey, efectuadas en nuestra comarca, pudiendo establecerse las primeras cronologías de la Edad del Bronce a partir de secuencias estratigráficas constatadas.

El curso alto y medio del Riguel aportó un novedoso conjunto de yacimientos inéditos gracias a la investigación de A. Pueyo, así como la cuenca del Arba de Luesia por la de J. Cabello.

Poseemos recientes datos estratigráficos y de *Carbono 14* obtenidos por L. Montes y R. Domingo en los abrigos de Biel-Fuencalderas: Peña 14, Paco Pons y Legunova. En dos de ellos se han obtenido cronologías radiocarbónicas paleolíticas seguras por vez primera en la Prehistoria comarcal; ofreciendo además Paco Pons diversos restos antropológicos e industrias líticas pertenecientes a un neolítico algo avanzado y al calcolítico.

Como última novedad citaremos la tesis doctoral de J. Cabello, primera efectuada sobre temática arqueológica en las Cinco Villas aragonesas, basada en la catalogación, caracterización e interpretación de los numerosos yacimientos líticos de superficie documentados en las cuencas de los ríos: Arba de Luesia, Valdeagonía o Farasdués, Barranco de Orés, Arba de Biel, Riguel-Barranco de El Busal y Valdonsella. Esta densa investigación se encuentra articulada en torno a un novedoso *Sistema Analítico de Evaluación Habitacional (SAEH)*, cuya aplicación ha ofrecido resultados prometedores para el conocimiento del poblamiento prehistórico en nuestra comarca.

Edad del Bronce

Tal como indica M. Beltrán, hay que suponer la continuidad de los modos de vida prehistóricos en los yacimientos líticos de superficie constatados en este periodo (1800-600 a. C.). Al final de la Edad del Bronce se produjo una probable indoeuropeización del valle del Ebro a partir de gentes procedentes del centro de Europa que aportaron nuevas formas culturales, incluido el rito funerario de la incineración.

La diversidad arqueológica de nuestro territorio tiene como transición del Bronce final a la primera Edad del Hierro uno de los hallazgos más singulares de Aragón: la estela de La Tiñica del Royo (Luna).

Con una probable funcionalidad sepulcral u honorífica, diversos investigadores contemporáneos ubican esta pieza en una horquilla cronológica comprendida entre 900-600 a. C. Teniendo como función señalar la tumba de un personaje importante, presenta forma antropomorfa y dos motivos grabados en su cara frontal: un escudo redondo con escotadura en V (logotipo actual de nuestra co-

marca) y debajo una lira, identificada por M. Bendala con una *phorminx* funeraria de origen cretomicénico como la que pudo utilizar Homero.

Esta estela nos está indicando un cambio socioeconómico en el que se muestra el acceso restringido de personajes de alto rango, tal vez guerreros propietarios de la explotación y distribución del metal, a objetos de prestigio (escudo y lira) de elevado contenido simbólico. Su importancia radica en ser la única localizada en la Península, junto a la de Preixana (Cervera –Lérida–), fuera del área suroccidental donde han aparecido el resto de ejemplares y que les ha dado el nombre: Estelas del Suroeste.

Con esta pieza se están dando por finalizados los tiempos prehistóricos, caracterizados por el anonimato, y preconizando la llegada de nuevas formas de pensar determinadas por un conjunto de signos convencionales que se denominarán de modo genérico *escritura*, traídos por griegos y fenicios.



Estela de la Tiñica del Rojo –Luna– (Museo de Zaragoza)

Primera Edad del Hierro

En nuestra zona este periodo (siglos VI-IV a. C. aprox.) no supone una interrupción respecto al anterior, excepto el cultivo agrícola en grandes extensiones de terreno, caracterizándose por los aportes culturales procedentes de tres ámbitos diferenciados: centroeuropeo (grupos *célticos* de Campos de Urnas), mediterráneo (griegos y fenicios) y meseteño peninsular (*Cultura de Cogotas*); siendo escasos los yacimientos atestiguados y excavados.

Segunda Edad del Hierro (Iberización)

Tal como indica F. Beltrán, Cinco Villas fue un claro ejemplo de frontera cultural en la que se interrelacionaron, al menos hasta finales del siglo I d. C., las cultu-

ras principales del nordeste peninsular: ibérica, vascónica y celtibérica; constituyendo el sustrato indígena más antiguo conocido sobre el que actuó Roma paulatinamente a partir de finales del siglo III a. C.

Este mismo investigador ha señalado la imposibilidad de realizar un cuadro histórico coherente en los siglos previos a la romanización debido a la falta de datos arqueológicos; además, son muy escasas e imprecisas las referencias historiográficas de los autores clásicos sobre los celtas *suessetanos*, según algunas interpretaciones emparentados posiblemente con los *suessiones* belgas, y su *oppidum* (lugar fortificado) *Corbio/Corbion* (actualmente ilocalizado), cuya toma en 184 a. C. por las cohortes del pretor Aulo Terencio Varrón supuso la masacre y deportación de sus habitantes en beneficio de los vascones, sus antiguos enemigos, y que tal vez *Segia/Sekia* (Ejea) se convirtiese en la ciudad más importante de la zona. De su ceca se conocen acuñaciones en bronce (ases, semises y cuadrantes) y plata (denarios), todos ellos con cabeza barbada en el anverso y jinete lancero sobre leyenda monetaria con caracteres ibéricos en el reverso.

Mucho antes, hacia 600 a. C. los *suessetanos* estarían ubicados en gran parte de nuestra comarca, este de Navarra, tal vez la Hoya de Huesca, limitando con los *iacetanos* de *Iaka* (Jaca) y por el sudeste hasta más allá de *Alauona* (Alagón), teniendo por vecinos a los iberos sedetanos de *Salduie* (Zaragoza).

Sin duda, el asentamiento más importante de esta época y el único excavado (parcialmente) es el *oppidum* de Valdetaus (Tauste). Esta ciudad iberorromana, cuyo nombre original desconocemos, se data en los siglos II y primera mitad del I a. C. y pudo haber sido destruida en el transcurso de las guerras Sertorianas (82-72 a. C.). Según F. Romeo constituye un modelo único de fortificación que aparece tan sólo en el valle Medio del Ebro, conservando un gran foso de más de 150 m de longitud y 20 de anchura, restos de una rampa de acceso a la acrópolis, muralla de más de cinco metros de espesor y dos importantes torres defensivas, constituyendo una simbiosis entre la poliorcética itálica y la tradición indígena defensiva. Gracias a este yacimiento podemos intuir el sistema defensivo

de otra importante ciudad iberorromana con una superficie similar: *Segia/Sekia*, cuyo núcleo debió de estar ubicado en el actual barrio de La Corona de Ejea.

El urbanismo de Valdetaus, tal como ha indicado J. Á. Asensio, presenta un modelo mixto tomado de dos ejemplos próximos: ibérico sedetano del valle del Ebro, con asentamientos en llano alrededor de cerros habitados, y celtibérico en escarpes bien defendidos.



Yacimiento de Valdetaus (Tauste): estancias excavadas y llanura aluvial del Ebro

La romanización

La llegada en el siglo III a. C. de las legiones romanas a la península Ibérica marcó un antes y un después en el desarrollo histórico y cultural de los pueblos que la poblaban. Nuestra comarca no fue una excepción, convirtiéndose en uno de los territorios aragoneses más interesantes desde el punto de vista arqueológico.

La presencia de Roma en Hispania duró siete siglos: desde el desembarco en Ampurias en 218 a. C. hasta 476 d. C. con la caída «oficial» del Imperio Romano de Occidente. La llegada de esta potencia tuvo un origen de dominio militar (*manu militari*) en el contexto de la II Guerra Púnica; tras la victoria contra los cartagineses las legiones penetrarían, bajo el mando del cónsul Marco Porcio Catón, hacia el 195 a. C. con la colaboración de los celtas *suessetanos* (según Tito Livio) que, once años después, fueron castigados por el pretor Aulo Terencio Varrón con la toma de su capital *Corbio/Corbion* y con la ocupación de sus tierras por los vascones. Nuestra zona tan apenas aparece relacionada con episodios bélicos hasta las guerras Sertorianas, en las que pudo optar por el lado oficial de Pompeyo Magno (el fundador de *Pompelo* –Pamplona–) contra el insurrecto Sertorio, teniendo como consecuencia el arrasamiento de numerosas ciudades prerromanas del valle del Ebro, incluida Valdetaus.

Aunque las etapas más largas de violencia sufridas en estas tierras fueron debidas mayoritariamente a los continuos enfrentamientos civiles de las facciones políticas romanas de la República Tardía, ello no implicó que la conquista de Hispania fuese un paseo militar, ya que ésta le costó a Roma doscientos años, seis generaciones y cientos de miles de muertos, más que ningún otro territorio del Imperio. A partir de esta *Pax Romana*, (9 a. C.) conseguida con Augusto tras el sometimiento de cántabros y astures, comenzó una «conquista» cultural con la imposición progresiva de las costumbres romanas y de su lengua, el latín, aunque no se borraron totalmente las huellas autóctonas.

Prueba de ello es el *Bronce de Áscoli*. Se trata de una tabla incompleta de bronce guardada originalmente en el *tabularium* (archivo oficial) del templo de Júpiter Capitolino de Roma, en la que se indica la concesión de la ciudadanía romana, la máxima distinción para un *peregrinus* o extranjero, en 89 a. C., a treinta jinetes hispanos. Éstos formaban la *Turma* (unidad de caballería militar) *Salluitana*, siendo nueve de ellos (30%) procedentes de *Segia/Sekia*; radicando la importancia de la pieza en ser la referencia histórica directa más antigua de personas nacidas en nuestra comarca.

Tal como indica M. Beltrán, hay que acudir a las fuentes arqueológicas para comprender, a partir de la derrota de los *suessetanos*, el proceso detallado de la romanización, enormemente favorecida con el trazado de la vía que unía *Caesaraugusta* (Zaragoza) con *Pompelo*. En lo referente a la distribución de la población rural M^a Á. Magallón indica dos tipos: las *villae* (casas de campo) de ricos hacendados, posiblemente de una misma *gens* o gran familia, y otros

Los Bañales

Para acceder a este yacimiento arqueológico, distante 4 km de Sádaba y 14 de Uncastillo, a cuyo término municipal pertenece, tomamos un camino asfaltado de 2 km de longitud que parte de Layana.

Según cuenta la leyenda, Hércules lanzó desde la cima de *El Pueyo*, donde parecen apreciarse las improntas de sus pies, dos grandes piedras verticales (hoy visibles y de cronología incierta) que fueron hincadas juntas a larga distancia: *El Hueso* y *La Rueca*.

La ciudad, datada como mínimo entre los siglos I a. C. y IV d. C., ocupa la cima y laderas de la mencionada elevación, así como la zona conocida como *Val de Bañales*.

J. B. Labaña en 1610 indicaba: «Dicen [...] que hubo aquí una gran ciudad llamada Clarina». Asimismo, J. Zurita (1512-1580), J. A. Ceán Bermúdez (1749-1829) y P. Madoz (1806-1870) identificaron también erróneamente este asentamiento con *Atiliana*, *Muscaria* o *Munda*; de hecho, una de las incógnitas de Los Bañales es su nombre antiguo, siendo posible identificarlo con la *Tarrega*, *Terracha* o *Tarraca* que aparece en las fuentes antiguas.

Las primeras excavaciones las dirigió en 1943 J. Galiay; a partir de 1972 los trabajos son retomados por A. Beltrán y desde la intervención en 1976 de F. Beltrán y F. Burillo no se ha realizado ninguna intervención, salvo las ejecutadas recientemente por el Gobierno de Aragón con la colaboración del Ayuntamiento de Uncastillo.

Los restos conservados presentan la categoría de Conjunto de Interés Cultural, con la figura de Zona Arqueológica, por la Ley de Patrimonio Cultural Aragonés de 1999. Corresponden a lo que pudieron ser: foro o *macellum* (mercado), templo y poblado; así como termas y acueducto. Además, tal como indica J. A. Hernández, en las cercanías se localizan los mausoleos de Los Atilios y La Sinagoga, con sus respectivas *villae* (casas de campo) y otros yacimientos de excepcional interés que constituyen un complemento imprescindible para la exacta valoración de Los Bañales. Hay que tener en cuenta, además, su estratégica ubicación entre *Segia/Sekia* (Ejea) y *Cara* (Santacara –Navarra–), junto a la im-



Acueducto romano de Los Bañales

portante calzada que comunicaba *Caesaraugusta* (Zaragoza) con *Pompelo* (Pamplona).

Las termas, uno de los ejemplos más importantes conservados en Aragón, fueron edificadas en el siglo I d. C. con una capacidad total para unas sesenta personas, siendo su uso mixto. El acceso se realizaba mediante: pórtico de tres arcos, primer vestíbulo, sala de espera con bancos corridos y segundo vestíbulo abovedado; disponiendo de: *apodyterium* (vestuario) con *loculi* (hornacinas para dejar la ropa), *frigidarium* (sala de baños fríos), *tepidarium* (sala de baños tibios), *caldarium* (sala de baños calientes) y *laconicum* (sauna).



El *apodyterium*

Según J. Lostal, el agua se derivaba del Arba de Luesia en las proximidades de Malpica, aunque A. Beltrán indica que se realizaría mediante una fuente y varios manantiales que aprovisionarían un dique construido al norte de *Puy Foradado*. Posteriormente, la conducción alcanzaba un tramo curvo de trescientos metros constituido por pilares de toscos sillares datados en un momento posterior a la segunda mitad del siglo I d. C, apoyando en la parte superior el *specus ligneo* (canal de madera).

A unos cien metros al norte de los baños se ubica lo que José Galiay identificó como foro, quedando en pie dos columnas monumentales de orden toscano que for-



Conjunto termal



Columna del foro

marían parte de lo que pudo ser realmente un *macellum* (mercado) porticado y una plaza pública. Asimismo se puede apreciar dos calles y varias plantas pertenecientes a viviendas, *tabernae* (tiendas) y a otros edificios no identificados; respondiendo todo ello a una retícula urbana regular de los siglos I y II d. C.

Del denominado por J. Galiay como *templo* se conservan dos muros perimetrales de sillería dispuestos en ángulo recto, una gradería y varios apoyos relacionados con columnas y pedestales. Para algunos investigadores actuales estos restos corresponden a una basílica (sede de tribunales) o a una curia (edificio donde se desarrollaba la administración local); sea válida una hipótesis u otra, estaríamos ante un espacio dedicado a la función pública.

Las excavaciones realizadas en las dos terrazas inferiores de la ladera oriental de *El Pueyo*, donde se emplaza el llamado *poblado*, mostraron un hábitat de carácter privado que sigue la tradición indígena, pero sin que hayan sido

constatados restos anteriores a la romanización.

Para alcanzar la primera terraza comenzaba en la zona baja del promontorio una calle desde un arco monumental que viera y dibujara en el siglo XVII J. B. Labaña, presentando paralelismos con el arco de triunfo romano de Bará (Tarragona). Asimismo, en la parte alta del promontorio se constata actualmente la hilada inferior perteneciente a un edificio noble de uso indeterminado

Respecto a la funcionalidad de Los Bañales la teoría tradicional hace referencia a un centro especializado en la explotación y comercialización cerealista complementado por las numerosas *villae* cercanas, constituyendo de esta manera un modelo mixto de explotación del territorio.

Últimamente se ponen objeciones al respecto, ya que como indica M. Beltrán: «La nómina de lugares conocidos en la vecina área [...] evidencia una distribución del territorio distinta». Hay que tener en cuenta además dos aspectos: la existencia de otras producciones (vid y olivo) y que el máximo apogeo urbano del núcleo central monumental se data en los siglos I y II d. C., mientras que el auge de las *villae* próximas se corresponde con las dos centurias siguientes.

El final de la ciudad habría que datarlo hacia el siglo IV d. C., consecuencia de la inseguridad generada por los pueblos bárbaros tras la caída de la frontera norte.

asentamientos más humildes denominados *pagi*, *vici* o *villae rusticae*. Los primeros se conocen gracias a sus monumentos funerarios, es el caso de Los Atilios y La Sinagoga, ambos en Sádaba; los otros por las excavaciones puntuales realizadas, tal como sucede con La Pesquera (Uncastillo) dirigidas por F. Romeo y M. Á. Zapater en 1998. Este segundo tipo, predominante entre los siglos I a. C y III-IV d. C., se dedicaba al aprovechamiento agropecuario mediante pequeñas explotaciones dependientes de las grandes *villae* y de los escasos núcleos urbanos existentes. Una característica común a ambos grupos es el emplazamiento cercano a las vías de comunicación que enlazaban las principales ciudades (*Caesaraugusta*, *Pompelo* y *Osca* –Huesca–, entre otras).

El grueso de los hallazgos arqueológicos localizados se datan desde mediados del siglo I d. C hasta el II, teniendo asimismo que subrayar las referencias de las fuentes literarias sobre núcleos urbanos: *Segia/Sekia*, *Terracha* (¿Los Bañales?) y Cabezo Ladrero (Sofuentes) que, junto con *Cara* (Santacara –Navarra–), constituyeron elementos vertebradores de la organización poblacional de la zona.

La epigrafía nos aporta datos para comprender las relaciones entre las gentes (en nuestro caso, del valle del Ebro) y poder determinar las causas que llevaron a individuos a establecerse en estas tierras o a salir de ellas.

F. Beltrán comenzó en 1985 el estudio de conjunto de los epígrafes cincovillesees realizados sobre arenisca local. La cronología que aporta este autor implica una romanización relativamente tardía de la comarca en comparación con otras áreas mejor conocidas del valle del Ebro.

Las tres estelas funerarias documentadas en Luna-Valpalmas, de finales del siglo I d. C., aunque siguen la tipología romana muestran antropónimos (nombres de personas) de origen vascónico (*Serhuboris*), céltico (*Laturina*) e ibérico (*Geseladin*), indicándonos el carácter de «frontera» cultural defendida por el mismo investigador en el entorno de la cuenca del Ebro.

Otros interesantes testimonios epigráficos de carácter funerario, datados en los siglos II-III d. C., son las *cupae* (lápidas que recuerdan a las cubas); teniendo que mencionar las cuatro localizadas en Cabezo Ladrero, varias en Sádaba, una cerca de Los Bañales y otra recientemente en La Pesquera (Uncastillo), salvada ésta en último momento de ser cercenada y actualmente colocada en una tapia junto a la iglesia de San Felices de esta localidad.

Uno de los elementos más importantes de la religiosidad de nuestra zona son las *aras* (altares) *taurobólicas*,



Cupa procedente de La Pesquera de Uncastillo

Las vías romanas en las Cinco Villas

El territorio que actualmente conocemos como Cinco Villas aragonesas se articuló a partir de finales del siglo I a. C., bajo el dominio de Roma, mediante un eje de comunicación sur-norte: la denominada por J. Lostal como *Via Augusta*, auténtica arteria de romanización en un territorio en el que tan sólo existían ciudades indígenas en fase de aculturación, comenzando (*caput viae*) en *Caesaraugusta* (Zaragoza) y concluyendo (*terminus viae*) en *Pompelo* (Pamplona).

Es una de las calzadas mejor documentadas de Hispania. Ya es citada en el *Anónimo de Ravena* (*Rav. IV 43; 308-314*), donde se indican las *mansiones* (posadas) emplazadas junto a ella: *Cara* (Santacara –Navarra–), *Terracha* (¿Los Bañales?) y *Segia/Sekia* (Ejea). De esta manera, la vida de la zona quedó organizada en torno a estos tres núcleos urbanos, así como también alrededor de Cabezo Ladrero (Sofuentes) y a las abundantes *villae* (casas de campo) y *fundi* (fincas).

Siguiendo a M^a Á. Magallón diremos que la dotación por Augusto a la colonia *caesaraugustana* de un camino rápido para controlar a los rebeldes cántabros y astures, condicionó la organización territorial de la actual comarca cincovillesa; resultando por ello paradójico, dos mil años después, la precariedad e insuficiencia de nuestras actuales vías de comunicación respecto a la cantidad, calidad y estado de conservación de las mismas.

Tal como indica la misma autora, desde *Caesaraugusta*, cruzando el Ebro, alcanzaba los límites de Castejón de Valdejasa para dirigirse por el castillo de Sora a *Segia/Sekia*, lugar donde tomaba el curso del Arba hasta las cercanías de Los Bañales, Los Atilios y La Sinagoga. Posteriormente se bifurcaba en las proximidades de Sádaba: un ramal se dirigía rumbo norte a Sos y otro a *Cara* en dirección oeste, para converger ambos en *Pompelo*. El tramo norte salía de Sádaba hasta alcanzar la capital navarra, pasando antes por Sofuentes y Sangüesa.

Alrededor de esta columna vertebradora se organizaron una red de *diverticuli* o caminos secundarios articulados en torno a la red hidráulica, en la que se localizan asentamientos humanos existentes desde épocas prehistóricas. Asimismo, otra ruta a destacar era la que partiendo de Ejea pasaba por Erla y Puendeluna para concluir cerca de Monzón.

La calzada requería, dependiendo del terreno por donde transcurría, un tratamiento específico en función de sus características. Aprovechaba la roca natural cuando era posible y se realizaban en terrenos más blandos cimentaciones mediante la superposición de capas confeccionadas con piedras de características diferentes, rematando el conjunto un pavimento de losas (*summa crusta*) por donde circulaban carruajes, caballos, gentes... e ideas.

Las calzadas tenían miliarios, piedras cilíndricas de una pieza, en las que se indicaba el nombre del emperador que las mandó construir o reparar, así



Sádaba. Antiguo camino y mojón

como la distancia en pasos de milla (*mille passus*) desde su origen. Una milla romana (1478,5 metros actuales) equivalía a 1000 pasos, y un paso (1,48 metros) a cinco pies.

Constataciones epigráficas conservadas en las piedras miliarias retrotraen, según J. Lostal y M^a Á. Magallón, la primera fase de construcción de la *Via Augusta* a 9-8 a. C., reflejándose esto en las piedras miliarias que los soldados de las legiones *IV Macedonica*, *VI Victrix* y *X Gemina* (las fundadoras de *Caesaraugusta*) realizaron. De ello inferimos su posible origen militar, sin ser raro que el ejército participara habitualmente en la ejecución de obras de ingeniería, al disponer tanto de las infraestructuras técnica y humana requeridas como de la organización necesaria.



Miliario romano procedente de las cercanías del castillo de Sora (Ejea)

Los miliarios más antiguos conservados hasta la fecha fueron localizados en Sora (Ejea) y Castiliscar, siendo datados hacia 9-8 y 5-4 a. C., respectivamente. En época de Tiberio se realizó el tramo por *Cara*, confirmado por los hallazgos realizados en Santacara, Ejea y Sádaba, fechados entre 31 y 33 d. C.

En las centurias posteriores están verificadas diversas ampliaciones y obras de reparación; tampoco el siglo IV d. C. se libró de labores de acondicionamiento, constatándose dos hallazgos: el correspondiente a Flavio Severo, localizado entre *Iacca* (Jaca) y Varea (La Rioja), y el de Licinio. La última piedra miliaria del cual tenemos noticias fue fechada en época de Constantino II, entre 317 y 337.

El excepcional elenco de este tipo de piezas halladas, claro testimonio del origen y adecuación de la calzada, atestigua la vitalidad de las Cinco Villas aragonesas en época romana. Respecto a su distribución, tal como señala M^a Á. Magallón, en la vía *Caesaraugusta-Pompelo* se localiza el conjunto de miliarios más numeroso de toda la provincia *Tarraconense*, siendo el más importante de ésta, según J. Lostal, el grupo de Castiliscar-Sofuentes.

La accesibilidad que proporcionaron estas vías, facilitando la rapidez de movimientos de tropas y la expansión del imperio, paradójicamente fue una de las causas que propició el declive de Roma al ser aprovechadas por los pueblos bárbaros en sus incursiones a partir del siglo III d. C.

Desde época medieval hasta nuestros días han seguido utilizándose, tanto para el tránsito de personas y mercancías como por ganados trashumantes. Asimismo, algunos de sus trazados han sido aprovechados por carreteras, límites parcelarios, mugas entre términos, etc. Desgraciadamente muchos tramos están desapareciendo, junto a sus *villae* próximas, a causa de las modificaciones de las vías de comunicación, las transformaciones agrícolas y la expansión urbanística.



El mausoleo del «Altar de los Moros» (Sádaba)

sobresaliendo el impresionante conjunto del Corral de Moncho (Farasdués). Tal como indica M. Beltrán, son relieves realizados sobre bloques prismáticos de arenisca en los que fueron representados motivos astrales, cabezas de toros, arquerías seriadas y una escena de sacrificio. Los ejemplares recuperados, de cronología imprecisa, pertenecen a dos supuestos talleres de fabricación locales: Los Bañales y Sos.

El repertorio monumental funerario de las Cinco Villas aragonesas constituye uno de los más espectaculares de la antigua Hispania, relacionándose con élites ciudadanas de las que conocemos una de sus familias: Atilia. Nombres pertenecientes a esta *gens* aparecen en los mausoleos de Sofuentes (último tercio del siglo I d. C.) y en el Altar de los Moros, también conocido como Los Atilios (finales del siglo II d. C.-comienzos del III) de Sádaba.

Este último sería rectangular con dos fachadas simétricas decoradas, conservándose una de ellas en la que se aprecian cinco nichos separados por pilastras decorativas y arcos moldurados de medio punto, consistiendo el remate en un entablamento jónico articulado con friso epigráfico, cornisa decorada y cuerpo de tres frontones. Tal como se puede leer, fue mandado edificar por *Atilia Festa* para sí misma, para su abuelo *C(aius) Atilius Genialis* y para su padre *L(ucius) Atilius Festus*.

El mausoleo conocido como La Sinagoga de Sádaba (siglo IV d. C.), junto con el sarcófago paleocristiano de Castiliscar y los dos *busta* (edificaciones sobre los lugares donde los difuntos habían sido incinerados) de fines del siglo I d. C.: San Jorge (Farasdués), excavado por el Museo de Zaragoza, y Corral de Colás (Valpalmas), cierran este impresionante conjunto arqueológico.



Mausoleo romano de *La Sinagoga* (Sádaba)



Sarcófago romano de Castiliscar

El sarcófago de Castiliscar, datado en 340-350 d. C., corresponde a una época en el que el ritual funerario de la incineración había sido ya prácticamente sustituido por el de la inhumación por influencia del cristianismo. Esta pieza de gran importancia, extraordinaria calidad artística y excelente estado de conservación, está realizada en alabastro de Luni (Carrara –Italia–); contando en Aragón tan sólo con cuatro paralelos: San Pedro el Viejo de Huesca, Museo de Tarazona y los dos ejemplares de Santa Engracia de Zaragoza.

La Edad Media

Tras el agónico proceso de descomposición del Imperio Romano de Occidente, desde mediados del siglo III d. C. hasta el 476, Hispania fue pasto de las incursiones de los *bagaudas*, así como de los ataques vascones sobre el valle del Ebro que, en época visigoda (siglos VI-VII), fueron combatidos por los reyes de Toledo. Los hispanorromanos sufrieron previamente la irrupción de diversos pueblos bárbaros tras la caída del *limes* (frontera) romano septentrional a mediados del siglo III: francos, alamanes, suevos, vándalos, alanos y visigodos; consiguiendo estos últimos hacerse con el control peninsular salvo el territorio ocupado por los irreductibles vascones.

En 711 las tropas islámicas, aprovechando que el rey visigodo Roderik (Rodrigo) luchaba en el norte, cruzaron el estrecho de Gibraltar penetrando en territorio peninsular sin oposición alguna. A partir de entonces la zona que llegarán a controlar los musulmanes se conocerá como Al-Andalus, abarcando su dominio desde el siglo VIII hasta 1492.

Uno de los objetivos militares musulmanes al inicio de la conquista consistió en controlar y tomar, o desarticular, las plazas fuertes ubicadas junto a las antiguas vías romanas y las que integraban la línea fronteriza norte.

Ante el avance del poder invasor y el consiguiente desmoronamiento del poder visigodo, muchos cristianos buscaron refugio en zonas agrestes del norte peninsular.



Relieve de Luesia

Luesia. Se trata de una pequeña placa de arenisca en la que se representa un rey que sustenta una cruz latina, rememorando la tradición visigótica en la que el monarca cristiano parte, al frente de sus tropas, contra el enemigo blandiendo la Cruz de Cristo.

Los castillos conservados en nuestra comarca, puestos fronterizos de vigilancia, tuvieron un origen musulmán (*bisn*) o pamplonés, tal vez reaprovechando una posible antigua línea del *limes* vascón establecida previamente por los visigodos. Tras la *aceifa* (expedición militar) de Almanzor en 999-1000 volvieron a caer bajo control islámico durante casi veinte años, aunque al menos desde 1017 fueron definitivamente enclaves cristianos, sufriendo la mayor parte de ellos (en manos aragonesas desde 1035) importantes reformas románicas.

La construcción pétrea de muchas de estas construcciones defensivas, originalmente de arquitectura lúnea (de madera), se aceleró a partir de la segunda mitad del siglo XI por el pago de *parias* de las taifas islámicas vecinas para evitar ser atacadas. El oro que fluyó hacia tierras cristianas facilitó la reactivación de la economía, hizo posible la costosa reedificación en piedra de muchos de estos castillos y el mantenimiento de un ejército casi permanente que a su vez presionaba a los musulmanes en el pago de los tributos.

Desde un punto de vista arqueológico varios son los elementos que caracterizan la comarca en esta época. Poseemos uno de los conjuntos defensivos al-

Con Sancho Garcés I (905-925) se produjo una expansión militar cristiana que implicó la recuperación temporal de la principal plaza anadalusi: *Siya* (Ejea), la reconquista de diversas fortificaciones y la creación de la primera línea fronteriza física, oeste-este, para impedir el flujo musulmán, sur-norte, aprovechando la calzada romana *Caesaraugusta/Saraqusta-Pompeo/Pampilona* desde *Siya* y sus plazas satélites (Sádaba, Biota y Malpica de Arba, entre otras), responsables de la vigilancia de la *tagr* (frontera) más septentrional del islam.

Durante el reinado del mencionado monarca, aunque otros autores la datan en 975, pudo realizarse una excepcional pieza declarada Bien de Interés Cultural (BIC) por la Ley del Patrimonio Cultural Aragonés de 1999: el Relieve real prerrománico de

tomedievales más interesantes de la península Ibérica, origen en ocasiones de poblaciones actuales, tal es el caso de Sádaba, Uncastillo, Navardún, Luesia, Biel, Sos y Luna.

Asimismo, hay que resaltar las iglesias prerrománicas de cabecera cuadrada, levantadas en lugares poco accesibles y creadoras de las primeras bases de la organización económica cristiana, teniendo que destacar la excavada en El Corral de Calvo (Luesia).

Esta última pertenece a uno de los denominados *monasterios* altomedievales, de origen visigodo según algunos investigadores, ya constatado en el siglo IX y cuyo templo presenta las características habituales: nave rectangular, cabecera cuadrada dirigida al este y construida excepcionalmente con sillares bien tallados en ocasiones engatillados (uno encaja en la muesca del vecino), ventana con derrame interior y cubierta de madera a doble vertiente.

Por otra parte, debemos subrayar las ventanas geminadas monolíticas, habituales pero no exclusivas de este tipo de iglesias, habiendo aparecido un fragmento en el transcurso de los trabajos arqueológicos realizados en El Corral de Calvo. En nuestra zona tenemos paralelos en la ermita de Santa Eugenia (Luesia), Palacio de los Sada, Lonja Medieval e inmueble sito en el nº 45 de la calle Meca de Sos, así como la vivienda ubicada en el nº 38 de la calle Lechuguilla de Uncastillo. Tanto estas ventanas, como los edificios religiosos de cabecera recta, suelen localizarse en el entorno de los castillos de la primitiva frontera suroriental del Reino de Pamplona y de los mencionados en el listado del monasterio de San Salvador de Leire (938-944): Sos, Uncastillo, Luesia, Sibirana, Biel, Lobera, Mianos, Cercastiel, Hispaniés, Castelmanco, Agüero y Murillo, constituyendo de esta manera la línea defensiva cristiana.

Hasta este momento hemos mencionado elementos caracterizadores cristianos; ahora serán musulmanes: castillo de Sádaba, lienzo de muralla en Malpica de Arba y paramento de torre defensiva en Biota.

Desde finales del siglo X las fortificaciones islámicas comenzaron a construirse en piedra, sobre todo cuando se estabilizaron las líneas fronterizas durante el Califato de Córdoba (929-1031). En estos momentos debió iniciarse la construcción del castillo de Sádaba, uno de los principales baluartes de apoyo defensivo de la *tagr* musulmana contra la frontera suroriental del Reino de Pamplona, conservándose actualmente, según señala B. Cabañero, algunos restos originales en las torres extremas y parte del lienzo bajo del sector meridional del castillo.



Iglesia altomedieval del Corral de Calvo (Luesia)



Castillo de Sádaba

iglesia de la localidad, y de Biota, localidad en la que puede apreciarse el paramento de una pequeña torre fortificada.

Bibliografía

- BELTRÁN LLORIS, Miguel, «Arqueología de las Cinco Villas (síntesis)», en *Actas de las I Jornadas de Estudio sobre las Cinco Villas*, Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1986, pp. 19-51.
- CABAÑERO SUBIZA, Bernabé, *Los orígenes de la arquitectura medieval de las Cinco Villas (891-1105): entre la tradición y la Renovación*, (Cuadernos de las Cinco Villas), Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1988.
- CABELLO GARCÍA, Javier, «El Poblamiento prehistórico en la Cuenca del Río Arba de Luesia (Zaragoza)», *Suessetania*, 17, *ADDENDA*, IV (1998), pp. 16-45.
- CABELLO GARCÍA, Javier; PAZ PERALTA, Juan Ángel y ORTIZ PALOMAR, Esperanza, *ArquEJEAlología. Ejea de los Caballeros y las Cinco Villas. De la Prehistoria a la Antigüedad Tardía*. Ayto. de Ejea y Diputación de Zaragoza, 2006.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis, «El desarrollo urbano de las Cinco Villas en la Alta Edad Media», en *Actas de las II Jornadas de Estudios sobre las Cinco Villas*, Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1987, pp. 85-114.
- , «Caminos y comunicaciones en las Cinco Villas en la Edad Media», en *Los Caminos en la Historia de las Cinco Villas, V Jornadas de Estudios sobre las Cinco Villas*, Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1995, pp. 43-61.
- FATÁS CABEZA, Guillermo, «Apuntes para la comprensión del poblamiento antiguo en Cinco Villas», en *Actas de las I Jornadas de Estudios sobre las Cinco Villas*, 1986, pp. 7-18.
- LANZAROTE, M^a P., RAMÓN, Nuria y REY, Javier *La Prehistoria Reciente en las Cinco Villas: del Neolítico a la Edad del Bronce*. Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1991.
- ZAPATER BASELGA, Miguel Ángel, «Una aproximación a la villa de Uncastillo (Zaragoza) desde los puntos de vista histórico y geográfico, así como una propuesta pedagógica para su visita», *Suessetania*, 14 (1994-1995), pp. 12-21.
- ZAPATER BASELGA, Miguel Ángel y YÁÑEZ VEGA, Ana, *Los restos arqueológicos de «Los Bañales», Uncastillo (Zaragoza). Estado actual, peticiones, soluciones y alternativas propuestas. Cuadernos de Historia y Arte*, 1. Asociación «La Lonjeta», Uncastillo, 1995.

El nombre de los lugares de las Cinco Villas

MARCELINO CORTÉS VALENCIANO

En el análisis de los nombres de los lugares de las Cinco Villas hay un antes y un después de la llegada de los romanos. Esta circunstancia histórica de primer orden nos permite agrupar los topónimos en dos grandes grupos: por un lado, los topónimos que hunden sus raíces en las lenguas que se hablaban en el territorio antes de la llegada de los romanos (topónimos prerromanos); por otro, aquellos nombres de lugar que tienen su origen en el latín.

Nombres de lugar prerromanos

Las Cinco Villas se sitúan en un territorio en donde confluyeron las tres grandes lenguas de la antigüedad: la ibérica, la eusquérica y la céltica. Es muy difícil, por tanto, concretar qué lengua y qué pueblo concreto de los que ocuparon la comarca acuñaron un determinado topónimo prerromano.

El nombre antiguo más documentado es el de *Sekia*, nombre de la villa de **Ejea de los Caballeros**. Tradicionalmente se ha interpretado este nombre en relación con la raíz céltica **seg-*, con el significado de «victoria». Sin embargo, existen argumentos de peso para relacionar el topónimo de *Sekia* con la raíz indoeuropea **sek-*, «corriente de agua», en alusión a las dos Arbas que rodean el núcleo urbano y poco después se unen en un solo cauce.

Nombres de origen indoeuropeo son también **Erla** y **Biel**: el primero alude al curso de agua que la bordea; el segundo, de stirpe céltica, está motivado por el color brillante del terreno.

Claramente célticos son los topónimos de **Navardún** y **Gordún**, ambos con la terminación *-dunum*, «fortaleza». Sobre la raíz ibérica *art*, «encina», se ha formado **Artieda**.

La primera parte de **Lobera de Onsella** tiene su origen en la antiquísima raíz preindoeuropea *lup*, *lupa* o *lubia* que hace referencia a los cauces de agua presentes en el lugar, y no al lobo, como parece sugerir la forma de la palabra.

Existen otros dos nombres, **Biota** y **Sádaba**, que podrían ser anteriores a la colonización romana, aunque será la investigación toponímica la que tendrá que verificar suficientemente esta posible adscripción, todavía incierta.

La huella romana

La mayor parte de los nombres de lugar de las Cinco Villas tienen su origen en el latín. Es el caso de **Tauste**, topónimo que procede del nombre antiguo *Tobustum*, en alusión a la piedra *toba* del peñón en el que se asienta el núcleo de población más antiguo.

Muchos nombres de lugar con origen en el latín tienen una significación transparente: algunos aluden a la composición del terreno, como **Las Pedrosas** (la piedra); otros a la forma del terreno como **Piedratajada** o **Malpica de Arba**; otros aluden a la presencia del agua en el entorno como **Sofuentes**, **Fuencalderas** o **Tiermas**; en el caso de **El Frago** el nombre está motivado por la exuberancia de la vegetación.



Layana

Otros topónimos, sin embargo, se muestran oscuros en su significado. En su mayoría son topónimos que tienen su origen en el nombre personal latino de los propietarios del terreno: **Sos** (de *SOSVS*), rebautizada tiempo después con el sobrenombre de uno de sus hijos ilustres, **del Rey Católico, Asín** (de *ASINVS*), **Farasdués** (de *FARAX*), **Orés** (de *AURIVS*), **Longás** (de *LONGVS*), **Los Pintanos** (de *SPINTIVS*), **Layana** (de *LALIVS*), **Luesia** (de *LUSIA*), la segunda parte de **Castejón de Valdejasa** (de *IASSA*) y, a pesar de su transparencia, **Valpalmas** (de *PALMAS*).

La toponimia de la Reconquista

La invasión musulmana del siglo VIII no modificó la toponimia de las Cinco Villas: ninguno de los topónimos de la comarca tiene su origen en el árabe. Sin embargo, la toponimia de las Cinco Villas conserva las huellas de la frontera que durante la Edad Media se estableció entre los reinos cristianos del norte y el territorio musulmán, como **Uncastillo**, o **Castiliscar** (literalmente, el «castillo de Liscare») o la primera parte del nombre de **Castejón de Valdejasa**.

El topónimo de **Puendeluna** tiene su explicación histórica en una obra civil de gran importancia estratégica: la construcción en el siglo XIII de un puente sobre el río Gállego acometida por el concejo de Luna.

Bibliografía

CORTÉS VALENCIANO, Marcelino, «Aproximación al estudio de la toponimia en las Cinco Villas», *Suessetania*, nº 22, (2004), pp. 69-83.

—, *Toponimia de Ejea de los Caballeros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-Diputación Provincial de Zaragoza y Ayuntamiento de Ejea de los Caballeros, 2005.

—, *Toponimia de la villa de Tauste* [en prensa].

FRAGO GRACIA, Juan Antonio, «Los topónimos: fuentes y métodos de investigación», *Actas de las V Jornadas de Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas*, Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación, 1990, pp. 245-261.

UBIETO ARTETA, Agustín, «La toponimia y sus claves», *Cinco Villas paso a paso*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-Centro de Estudios de las Cinco Villas, 2002, pp. 93-100.